

les todavía tuvieron la tristeza de ver morir á cinco compañeros que no pudieron resistir las heridas, y que elevaron á cincuenta y siete las pérdidas sufridas. Fué tan grande la pesadumbre que la derrota causó, que pusieron por nombre á este lugar «Bahía de la Mala Pelea.»

Pasada lista, y curados los heridos, Hernández de Córdoba pudo medir todo el tamaño de su desventura. El agua se había consumido, pues por ella habían bajado á tierra; pero, con la premura de la retirada, ni una gota habían traído, y así se habían quedado en peor condición que antes, porque antes no estaban heridos, y en salud mejor podían soportar los ardores de la sed; pero ahora, abatidos, enfermos y heridos, tenían que sobrellevar doble tribulación. Y además, como estaban también heridos muchos marineros que habían saltado á tierra, para hacer aguada, se hubo de resentir carencia de hombres para las maniobras de las tres embarcaciones, y por fuerza hubo que distribuir los marineros sanos en dos de los buques, trasbordarse todos á ellos, y quemar el tercero, después de aprovechar lo que de él se pudo. Con este arreglo, y decididos á arrostrar con la sed, se resolvieron á desandar camino.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 360.—Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 498.—Bernal Díaz del Castillo, op. cit. capítulo IV.—Francisco López de Gomara en la colección de D. Enrique de Vedia, pág. 186.—*Vida de Cortés*, pág. 340.

## CAPITULO VI.

Vuelta á Cuba.—Detención en Río Lagartos.—Se cruza el Golfo de México. Desembarque en las costas de Florida.—Llegada á la Habana.

En tan duras condiciones se dieron á la vela, de regreso para Cuba. En su camino de vuelta siguieron el litoral de la península, porque no perdían la esperanza de proveerse de agua, de que tanta carencia padecían. Los vientos les fueron favorables, y llegaron á los tres días á Río Lagartos. Desembarcaron allí varios marineros y soldados con azadones para escarbar la tierra hasta dar con agua, y la encontraron; pero tan salobre que era imposible beberla. Cuando se ocupaban en llenar sus barriles y en cargar los botes, empezó á soplar un fuerte viento del norte que dificultó alijar el agua, y que también puso en grave peligro á los mismos buques, porque, con estar heridos los soldados, tuvieron que bajar á tierra la mayor parte de los marineros, y, al soplar el norte, faltaba gente de mar para las velas y maniobras. Afortunadamente, los marineros que habían desembarcado se apresuraron á volver á bordo, y pusieron al buque en situación de resistir el norte dos días y dos noches que duró.

Sosegado el mar, el piloto mayor, Antón de Alaminos, creyó hacer viaje más breve poniendo la

proa á la Florida, para de allí pasar á la Habana: y así lo hizo con suerte feliz, porque en cuatro días atravesó el Golfo de México, y avistó las costas que deseaba. Una faja blanquecina denotaba los arenales de la playa en cuyo fondo se desarrollaban verdes é interminables líneas de zarzales y arbustos; y en un rincón de la costa abríase en ancha boca un estero que, por aquel tiempo, con la menguante de la marea, era navegable sólo por botecillos. El primer pensamiento de los heroicos navegantes, á la vista de aquellas costas, fué proveerse de agua para saciar la sed que los secaba. Hernández de Córdoba abatido, debilitado, casi exánime, pedía á media voz que le trajesen agua dulce para beber; soldados y marineros, todos unánimemente tendían ansiosos la vista hacia aquella boca de agua que parecía anunciar la existencia de un río de agua dulce con que apagar los ardores en que se consumían. Y así, mas que de prisa, veinte soldados bajaron á la playa á proveerse de agua potable, y entre ellos Berrio, el afortunado que ninguna herida había sacado en el combate de Champotón, y á quien el destino traía á Florida á morir cautivo en manos de los salvajes.

Contábanse también en la partida Bernal Díaz del Castillo y Antón de Alaminos, y este último, que en otra época había visitado la Florida con Juan Ponce de León, recomendó especiales precauciones y vigilancia. Refería que aquellos incultos lugares estaban habitados por indios muy corpulentos vestidos con pieles, y que acostumbraban caer de improviso y cebarse con saña en los infelices que aportaban á aquellas costas.

Amedrentados los soldados españoles con la

narración, apenas desembarcaron en la ancha playa que lindaba con el estero, pusieron dos centinelas que vigilasen los lados más sospechosos, y corrieron luego los demás en busca del agua tan apetecida. Gran desconsuelo fué el que sintieron al convencerse por sus propios ojos que ni el soñado río corría por entre aquellos matorrales, ni el agua del estero era dulce, sino muy salobre é impura, como que estaba mezclada con el agua del mar. Por buena suerte suya, con las vasijas en qué transportar el agua, habían traído azadones muy buenos, y con ellos se pusieron inmediatamente á cavar la tierra con la esperanza de encontrar agua dulce.

Al fin dieron con ella, pura y de buena calidad, y, con grande alegría é insaciable avidez, bebieron cuanto pudieron, y llenaron sus depósitos; pero cuando ya satisfechos alzaban sus cubas para volverse á las naves, oyeron la voz de alarma, y al mismo tiempo vieron venir desalado á uno de los centinelas. Eran los indios que acometían por ambos lados, por tierra y por el estero.

No había acabado de explicar el centinela el motivo de la alarma, cuando ya seis de los españoles sintieron en sus cuerpos los desgarramientos de las flechas; pero lo mismo fué sentir heridos á sus compañeros, que los sanos echar mano, llenos de coraje, á sus ballestas, estoques, y cuchillos, y arrojarlos sobre los agresores, sin contar su número ni medir la calidad de sus fuerzas ni armas. El daño de las ballestas, y las estocadas y cuchilladas que los indios recibían, los arredraron, y volviéndose por otro lado, corrieron presurosos á refugiarse en las canoas que por el estero surcaban, y que ya se lleva-

ban prisionero el bote que, con algunos marineros, había quedado al cuidado de Alaminos. El mismo Alaminos había sido herido de gravedad en la garganta, y se lo llevaban vivo á sus guaridas.

Los soldados de tierra con una sola mirada midieron el riesgo inminente que corría el intrépido piloto. ¿Qué hacer en momentos tan angustiosos? No valía tirar con las escopetas, que el número de los indios era grande, y, por más que muriesen, siempre muchos sobrevivirían y se pondrían fuera de su alcance: no había tampoco embarcaciones para perseguirlos. No obstante, los castellanos supieron resolver el problema: se arrojaron al estero, y con el agua hasta la cintura llegaron adonde, con sus canoas, estaban los indios; les arremetieron al arma blanca, les arrebataron el bote, y, después de matar veinte y dos indios, quedaron completamente triunfantes. Mas ¡ay!, al volver junto al pozo en solicitud de sus vasijas llenas de agua, se acordaron del desgraciado Berrio á quien habían puesto de centinela en el lugar más peligroso. ¿Dónde está Berrio? ¿qué habrá sucedido con él? se preguntaban todos con ansiedad; pero nadie daba razón. El otro centinela, su compañero, decía solamente que le había visto internarse entre las matas próximas, á la orilla de la ciénaga, con una hacha en la mano, y cortar un palmito, y que á poco le oyó apellidar alarma; que luego divisó á los indios, y corrió á dar cuenta de su aparición; y que, con este motivo nada sabía del paradero del infortunado.

No cabía duda que había perecido á manos de los indios; sin embargo, abrigando remota esperanza, fueron todos á rastrear sus huellas en los contor-

nos; registraron minuciosamente el bosque con sus matorrales y zarzas, le llamaron á grito herido, y todas las pesquisas fueron inútiles: no encontraron más que una palma medio cortada y huellas numerosas de plantas de pies en la húmeda tierra de la orilla del estero: ni un rastro de sangre, ni un sólo vestigio de que se hubiese trabado lucha cuerpo á cuerpo: indudablemente había caído sobre Berrio infinidad de enemigos que se lo llevaron vivo para hacer festín con él en sus aduares.

Ya sin esperanza de encontrar á Berrio, se volvieron los demás, tristes y apesadumbrados, á cargar el agua, y, metiéndola en el bote, la llevaron á las naves, en donde fué recibida con alborozo incomparable, como que venía á redimirlos de la agonía que los desesperaba. Era tanta el ansia de apagar los ardores de la sed, y el júbilo y satisfacción que les dió encontrarse con agua hasta saciarse, que uno de los soldados, viendo desde el puente de uno de los navíos, el agua límpida y pura, que en abiertas vasijas traía el bote, no esperó que se subiese al navío, sino que, jadeante y muerto de sed, codicioso de llevar el agua á sus labios, se arrojó al bote, se puso á beber, y bebió en tanta abundancia y con tanta ansiedad y desesperación, que en esa misma hora se hinchó y cayó muerto.

Con este triste accidente, pero contentos de la provisión de agua y la próxima vuelta á sus hogares, levaron anclas ese mismo día, y poco después llegaron sin novedad al puerto de Carenas, olvidando, con la alegría de la llegada, todas las desventuras del viaje. Allí desembarcó Francisco Hernández de Córdoba, y se dirigió por tierra á su en-

comienda de Sancti Spiritus. Los demás soldados se esparcieron por la isla de Cuba, pero, como por aquella época la capital de la isla era Santiago, el capitán Francisco Hernández de Córdoba ordenó al piloto Alaminos que con los buques continuase su viaje á la capital, y entregase personalmente á Diego Velásquez la relación del descubrimiento, y le presentase los mayas Julián y Melchor, cogidos en Cabo Catoche.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Bernal Díaz del Castillo, op. cit. cap. V. y VI.

## CAPITULO VII.

La isla de Santa María de los Remedios.—Magníficas alabanzas de sus riquezas.—Se decide Velásquez á emprender nueva expedición.—Elige por capitán á Juan de Grijalva.—Salida de Matanzas.—Descubrimiento de la isla de Cozumel.—Reconocimiento de la costa.—Toma de posesión de la isla.—Se le apellida Santa Cruz.—El Cabo de San Felipe y Santiago. El cacique de Cozumel da graciosa acogida á Grijalva.

Olvidados los compañeros de Hernández de Córdoba de las pasadas desventuras, se hacían lenguas para alabar la excelencia de aquellas nuevas tierras descubiertas por el oeste y que llamaban la «Isla de Santa María de los Remedios.»<sup>1</sup> Por otra parte los dos indios mayas, Melchor y Julián, preguntados de si había en su tierra, oro y plata, contestaban que sí los había; y su palabra tenía más apoyo con los objetos de oro y plata que el capellán de la armada había recogido en el templo de Cabo Catoche. Con esta perspectiva de riqueza que vagamente se atribuía á Yucatán, se encendió en Cuba el estímulo y ansia de sojuzgar tan rica provincia para unirla á la monarquía española. Entre los que más entusiasmo manifestaban por aprovechar el descubrimiento, se contaba el Adelantado Diego Velásquez, Capitán General de Cuba. Faltá-

<sup>1</sup> Fernández de Oviedo asegura que el piloto Alaminos dió este nombre á Yucatán, *Historia general y natural de las Indias*, libro XXI, capítulo VIII, tomo II.

bale sólo encontrar persona apta y entendida que se encargase del mando de la expedición, para que el honor y provechos de la empresa no se le fuesen de las manos.

No tardó, sin embargo, en hallar hombre de su elección, y fué el capitán Juan de Grijalva. Era este un joven militar nacido en Cuellar de España. Todavía mancebo, y sin barbas, pero de ánimo atrevido y valiente, pasó á América, y se estableció en la isla de Santo Domingo, bajo la protección de un paisano suyo, el mismo Diego Velásquez. Y cuando este, en el año de 1511, fué enviado á poblar y sujetar la isla de Cuba, le siguió como subalterno suyo, acompañándole en todas las campañas que hizo para someter á los indios cubanos, y especialmente en la que tuvo por objeto pacificar la provincia de Maicí, en la cual un indio principal, fugitivo de Santo Domingo, había llegado á entronizarse, declarándose abiertamente enemigo de los españoles. La índole dulce y obediente, á la par que firme y enérgica de Juan de Grijalva, su conducta recta y honesta, le captaron de tal modo las simpatías de Diego Velásquez, que hacía mucha estimación de él, hasta el punto de tratarle, no sólo como amigo, sino como pariente, y de confiarle encargos muy honoríficos y que denotaban esperanza firme de su fidelidad. Cuando, en 1512, Diego de Velásquez tuvo que trasladarse á Baracoa para contraer matrimonio con Doña María de Cuellar, lo dejó por teniente suyo encargado del supremo mando de la isla, bajo el consejo y dirección de Bartolomé de Las Casas, que entonces era clérigo secular y que ya tenía fama de hombre de talento. En 1513, también

aprovechó sus servicios en la pacificación de la provincia de Camagüey, y en ninguna de estas circunstancias había tenido algo que reprender en el proceder del joven capitán Grijalva, quien siempre mostró que unía á su valor probado reconocidas virtudes de honradez y docilidad.

Sobre todo, el capitán Grijalva parecía hombre obediente, y en esto nunca desmintió su fama; y como Diego Velásquez deseaba poner á la cabeza de la expedición una criatura suya, no tardó en fijarse en este capitán. Antes de expedirle el nombramiento, exploró su voluntad, y, encontrándole dispuesto á secundar sus miras, le nombró por capitán general de la armada, el 20 de Enero de 1518: nombró tesorero á Antón de Villasaña; proveedor, á Francisco de Peñalosa; y capellán, al padre Juan Díaz.<sup>1</sup>

Nombrado ya el jefe, no restaba sino concluir los aprestos necesarios para el viaje. Estaban á la orden del gobernador Velásquez, dos de los navíos que habían ido en la expedición de Hernández de Córdoba, y con otros dos que compró, quedaron ya listos cuatro buques que se denominaron San Sebastián, Trinidad, Santiago, y Santa María de los Remedios, bajo el mando de los pilotos Antón de Alaminos, Camacho de Triana, Juan Alvarez, y el Manquillo.<sup>2</sup> Como por aquellos días llegaron á Santiago de Cuba, procedentes del interior de la isla, los capitanes Pedro de Alvarado, Alonso Dávila y Francisco de Montejo, se les invitó á formar par-

<sup>1</sup> Gonzalo Fernández de Oviedo *Historia general y natural de las Indias*, libro XVII, cap. VIII, tomo I.

<sup>2</sup> Oviedo, op. cit., ibidem.

te de la empresa, y entraron con el caracter de capitanes subalternos de Grijalva. Aunque estos capitanes eran encomenderos y poseían propiedades y riquezas, no rehusaron arriesgarse en esta nueva aventura, y, aceptando el nombramiento, se dedicaron inmediatamente á coadyuvar á los preparativos del viaje. Cada uno de ellos envió, de sus haciendas á los buques, buena copia de bastimentos de pan de cazabe y carne de puerco, alimentación la más usada entonces en Cuba, tanto por los españoles, como por los indios. El ejemplo de estos tres encomenderos atrajo á otros cuarenta caballeros é hidalgos españoles, todos los cuales se pusieron de acuerdo con Diego Velásquez para apresurar la salida de la expedición. Se abrió enganche en varios lugares de la isla de Cuba, y se dispuso que los soldados y provisiones se reuniesen en el puerto de Matanzas.<sup>1</sup> Tres de los buques alistados zarparon para este puerto, y uno, que fué el bergantín Santiago, recibió órdenes para adelantarse al Cabo de San Antonio, y esperar allí á los demás bajeles. Hicieron revista de la gente enganchada para la expedición, y se encontró que había doscientos hombres, los cuales se embarcaron para emprender el viaje.

Llevaba Grijalva instrucciones de Velásquez, expresas y claras, de no fundar poblaciones en los países que iba á descubrir; y de que, limitándose á cambiar bujerías con metales preciosos, evitase de todas maneras soliviantar los ánimos de sus habitantes y empeñar batallas con ellos.

Proveído de estas instrucciones, Grijalva se dió

1. Matanzas, puerto de la costa del norte, veinte leguas antes del de Carenas.

á la vela el 20 de Abril de 1518, en el puerto de Matanzas, con dirección al Cabo de San Antonio, en donde debía juntarse con el bergantín Santiago que allí los esperaba. El día 22 visitaron el antiguo puerto de Carenas,<sup>1</sup> para recoger algunos hombres más, y provisiones que allí había reunidas, y luego el 23 prosiguieron su viaje, y llegaron al Cabo de San Antonio en la tarde del 1º de Mayo. No poca sorpresa tuvieron al echar de menos el bergantín Santiago, que, por falta de provisiones, se había desprendido del lugar acordado, volviéndose probablemente á algún otro puerto de la isla. Fué contrariedad grave la falta del bergantín; mas emprendido ya el camino, fuerza les fué prescindir de él, y sin vacilar, se despidieron de las costas cubanas, esa misma tarde del 1º de Mayo de 1518,<sup>2</sup> y se internaron en el Canal de Yucatán. Helos allí, bogando hacia Yucatán, en el mismo rumbo por donde después tantos otros debían surcar, é ignorando entonces lo que la fortuna les había de preparar en aquellas regiones todavía desconocidas. No iba en aque-

1 Aun no se había trasladado á este puerto el de San Cristóbal de la Habana, el cual estaba todavía ubicado en la costa del sur, y cerca de la desembocadura del río Bija, en la proximidad de la actual población de Batubano, donde la había fundado, en 1511, Diego Velásquez. La traslación de la Habana á la orilla derecha del puerto de Carenas se verificó en 1519. Véanse las *Adiciones y aclaraciones á la Historia de Guatemala*, por Don Justo Zaragoza, tomo II, pág 244.

2 Herrera, en sus *Decadas*, fija por día de la salida de la expedición de Santiago de Cuba, el 8 de Abril de 1518; pero evidentemente incurre en equivocación, porque, según Fernández de Oviedo, ese día los expedicionarios estaban en Matanzas.—Bernal Díaz del Castillo coloca la salida del Cabo de San Antonio el 15 de Abril de 1518.—La fecha más exacta parece ser la de 1º de Mayo de 1518, en la cual coinciden Fernández de Oviedo, el *Itinerario de la armada de Grijalva*, la *Vida anónima de Cortés*, y el Padre Landa en su *Relación de las cosas de Yucatán*.

102000 4264

llos buques Hernández de Córdoba, que había partido ya para la otra vida; pero iban casi todos sus mejores compañeros y soldados, olvidadizos de las fatigas y trabajos que poco antes habían sufrido; iba el soldado feliz á quien estaba destinado sujetar á Yucatán á la corona de España; y otros varones que después lucieron con brillo en los países entonces todavía misteriosos y desconocidos. Nadie, sin embargo, de aquellos atrevidos guerreros, podía descorrer el velo del porvenir, para distinguir su suerte futura, y nos parece que todos estos debieron sentir cierta melancólica tristeza al ver desaparecer las costas de Cuba entre las brumas de la tarde.

El viaje comenzó bonancible esa noche; el mar estaba tranquilo; el tiempo sereno; y el viento, con feliz fortuna, les era abiertamente favorable: las corrientes mismas los ayudaban, y así, al tercer día de navegación, el lunes 3 de Mayo de 1518, empezaron á distinguir los blancos edificios de mampostería, y las pajizas cubiertas de las moradas de los indios mayas.<sup>1</sup> De los que ya anteriormente habían visitado las costas de Yucatán, ninguno dudó que tenían en frente de sí á la isla de Santa María de los Remedios; y, sin embargo, se equivocaban, porque aquella isla que brotaba de entre las ondas no era sino la isla de Cozumel, que fué bautizada con el nombre de isla de Santa Cruz, por celebrar en ese mismo día la Iglesia Católica la fiesta de la Invencción de la Santa Cruz.<sup>2</sup> Se aproximaron hasta seis millas de la costa para reconocerla, y descubrieron

<sup>1</sup> *Itinerario de Grijalva*, en la *Colección de documentos para la Historia de México*, tomo I, pág. 281.

<sup>2</sup> Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 504.

que las cercanías de la isla estaban sembradas de bancos de arena y temibles rompientes: la costa era llana, y de trecho en trecho se distinguían unas torrecillas blancas y bajas, rodeadas de casas de paja. Al fin, encontraron una pequeña ensenada, y allí anclaron, dispuestos á bajar al día siguiente á tierra, por estar ya avanzado el día cuando entraron. El sol se ponía; sus últimos rayos derramaban su luz incandescente sobre las costas de la isla que tenían enfrente de sí; ligeras nubes de púrpura y topacio flotaban en el cielo; y en lontananza, hacia el poniente, parecían dibujarse, saliendo del mar, tierras desconocidas, envueltas en poético rosado tinte. Soldados y tripulación reposaban sobre el puente de los navíos, cuando se vislumbraron en el horizonte tres canoas, que parecían traer rumbo á las ancladas carabelas. Todos, tripulantes y pasajeros, presa el alma de sentimientos de ansia y curiosidad, fijaron la vista en las tres pequeñas embarcaciones. Venían gobernadas por un timonero diestro y ágil que por sí solo atendía á todas las maniobras de la navegación, y otros dos indios venían como pasajeros ó jefes en cada una de las dos canoas. Los españoles, se mostraban deseosos de que se pusiesen al habla, para comunicarse con ellos; mas repentinamente las canoas suspendieron su marcha, y sus conductores se pusieron en ademán como de reconocer los tres buques españoles con la mayor atención. Apresuróse el capitán Grijalva á ordenar al intérprete, que no era otro sino el indio maya Julián, que les gritase que venían de paz; que se aproximasen, y aun subiesen á los buques, seguros de ser bien tratados y agasajados con dona-

tivos y agradables ofrendas. Pero, por más empeño que puso Julián en llamarlos, los indios permanecieron sordos á sus clamores; y después, de haber examinado algún tiempo los navíos, se regresaron á tierra, dejando á los españoles en la incertidumbre. Así pasaron la noche, haciendo conjeturas de la tierra y del objeto que se propusieron los tripulantes de las tres canoas, y sus sospechas aumentaron cuando, al entrar la noche, empezaron á ver grandes hogueras, las cuales en la oscuridad de la noche parecían como encendidos faros de la no lejana playa.<sup>1</sup>

A la mañana siguiente,<sup>2</sup> los buques se dieron á la vela, para continuar reconociendo la costa de Cozumel, y en el trayecto se encontraron con dos canoas, en cada una de las cuales iban tres indios, y entre ellos el cacique de Cozumel que venía de paz á saludar á Grijalva, y á saber el objeto de su venida. El cacique se presentó con tal confianza, y fué recibido con tal satisfacción, que subió á bordo de la carabela en que venía el capitán Grijalva, y allí, por medio del intérprete Julián, tuvieron, larga y amena plática. Supieron los españoles que la isla se llamaba Cuzamil, ó «isla de las golondrinas,» y que las tierras que por el noroeste se divisaban, se denominaban Maya; y como ya se barruntaba la existencia de dos españoles en aquella tierra, por relaciones que había hecho Julián, no perdieron la oportunidad de averiguar la suerte de los desgraciados compatriotas cautivos, Aguilar y Guerrero. Grijalva regaló al cacique con algunas

<sup>1</sup> *Itinerario de Grijalva*, pág. 282.—Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 504.

<sup>2</sup> *Itinerario de Grijalva*, pág. 282.

camisas españolas; y el jefe indio, encantado y agradecido, instó vivamente á los extranjeros á bajar á recrearse á la población que gobernaba, situada en la isla, no lejos de la playa. Despedido el cacique, se continuó el reconocimiento de la costa, á la cual á veces se aproximaban como á tiro de piedra, porque había lugares en que la playa era cantil y el agua muy profunda. Siguieron viendo torrecillas esparcidas aquí y allí, con casas de paja que debían servir de morada á los habitantes. Parecía la tierra muy deleitosa; de tiempo en tiempo se percibían sitios risueños, apacibles y pintorescos; y en el fondo de la isla, añejos y frondosos árboles en cuyo verdinegro ramaje la vista encontraba descanso. Al ponerse el sol, llegaron á enfrentar con una población de cuyo centro se destacaba una torre blanca muy grande: la orilla de la playa estaba cubierta de espectadores, y la brisa de la tarde llevaba hasta los puentes de los buques, las notas monótonas y estrepitosas que arrancaban los músicos, de sus tambores, atabales y chirimías. La armada ancló allí á tiro de ballesta.

Era la tarde del 5 de Mayo, pues que en el reconocimiento de la costa había empleado Grijalva dos días. En la mañana de ese mismo día, se ordenó aprestar los botes, y con ellos, llevando algunos soldados, se acercó á la playa, hasta ponerse á flor de tierra. Saltó él solo á la arena, é hincando las rodillas, elevó al cielo una breve y fervorosa plegaria, y luego, poniéndose en pie, ordenó á sus compañeros que bajasen. Formó un escuadrón; púsose en el centro con la bandera española en la mano; y, en voz alta y clara, dijo: que como apoderado



de Diego Velásquez, y en nombre de Doña Juana y de su hijo Don Carlos, reyes de Castilla y de León, tomaba posesión y propiedad de Cozumel y tierras y mares adyacentes. Mandó al escribano Diego de Godoy que levantase el auto de posesión, y puso por nombre á la isla «Santa Cruz,» y al cabo más meridional, «Cabo de San Felipe y Santiago.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 505.

## CAPITULO VIII.

El pueblo de San Juan de Cozumel.—Su aspecto.—Sus adoratorios.—Pláticas amigables con los indios.—Un sacerdote maya.—Ritualidades idolátricas en presencia de Grijalva.—El capellán de la armada dice una misa rezada, que es la primera que se celebró en Yucatán.—El sacerdote idólatra da una comida á Grijalva.—Los indios abandonan á Grijalva.—Aspecto del pueblo de San Juan de Cozumel.

Concluído el acto de posesión, pensó Grijalva ir por tierra hasta una torre ó adoratorio que se divisaba, y para ello intentó penetrar por varias sendas que de la orilla se desprendían para el interior del bosque; mas terminaban en pantanos ó ciénagas imposibles de vadearse, y después de varios infructuosos ensayos, al fin resolvió volver á sus botes, y seguir costeano hasta la tarde, hora en que enfrentó con aquella populosa población á que antes hemos aludido.

En la noche, la torre ó adoratorio se cubrió de luces, y alguna función religiosa debía estarse celebrando, porque así lo indicaba el estrépito incesante de los *tunkules*.<sup>1</sup> No había que pensar en bajar esa misma noche á tierra, sino sólo en poner en guardia á los buques, y dejar el desembarco para la mañana siguiente. Así se hizo, y al amanecer

<sup>1</sup> Instrumento músico con que los mayas acompañaban ciertos bailes y las ceremonias del culto idolátrico.

del jueves seis de Mayo, se presentó otra canoa de indios que manifiestamente venían del pueblo fronterizo. Fueron tratados y obsequiados de la manera más agradable, y se les anunció que el capitán Grijalva y algunos de los suyos se preparaban á desembarcar esa misma mañana para visitar su isla. La idea fué acogida complacientemente por los indios, ó á lo menos aparentaron acogerla bien, pues expresaron su asentimiento con palabras y con gestos, y aun indicaron que su cacique se complacería en recibir al enviado del rey de Castilla.

Tales agasajos de parte de los indios animaron á Grijalva, quien, sin pérdida de tiempo, mandó echar á la mar cuatro botes con cien hombres y el padre Juan Díaz; se fué á tierra derechamente, y desembarcó al pie del principal adoratorio de Cozumel. Pensando que hallarían una gran multitud en el adoratorio, se aperebieron en buen orden, y se encaminaron hacia él; pero al llegar, todo lo encontraron en la más completa soledad. Pudieron examinar de cerca el edificio: era una construcción de piedra, alta y bien labrada, con esquinas, á la cual se subía por diez y ocho escalones, y terminaba el primer cuerpo en un descanso ó repecho; de aquí nacía otra escalera de piedra que conducía á la parte superior, coronada de un andén espacioso, como adecuado para servir á mucha gente. Del andén se bajaba por una escalera de caracol al cuarto interior donde estaban los ídolos, unos líos de esteras de palma, y los venerados huesos de un cacique de quien se hacía memoria por su probada rectitud. Podíase entrar también al edificio por unas puertas bajas que había en cada esquina, y

que igualmente conducían al departamento de los ídolos. Todo el edificio terminaba en una torre de dos estados de alto, almenada, y á la cual daba ascenso otra tercera escalera de piedra.

El capitán Grijalva entró al templo de Cozumel con algún temor, porque, á pesar de las seguridades de buena acogida que los indios le habían dado, el mismo silencio del lugar infundía pavor; y la soledad del sitio le hacía concebir sospechas de que los indios hubiesen urdido alguna red en que los españoles cayesen candorosamente. Por esto, entró al templo bien prevenido para pelear, y así permaneció durante toda su visita. Subió á la torre con su alférez, y plantó allí la bandera de su patria; luego bajó con sus compañeros al adoratorio, y cuando allí estaban contemplando los ídolos de diversas figuras, entró un anciano sacerdote indio, hombre de autoridad, acompañado de tres sacristanes. El sacerdote traía cortados los dedos de los pies; llevaba una manta larga y cuadrada, y sandalias de cuero de venado; y sostenía en la mano un bracerillo de barro, primorosamente labrado, y lleno de brasas. Echó incienso en la lumbre, y entonando un himno monótono y acompasado, sahumó á los ídolos, y luego á Grijalva y á sus compañeros: al mismo tiempo, se distribuyeron á cada uno de éstos cañas largas encendidas, rellenas de tabaco y otras plantas aromáticas. El cántico gutural del sacerdote, el humo del copal que perfumaba el ambiente, y el suavísimo olor que despedían las cañas al quemarse, dejaron en el ánimo de los circunstantes extraña y peregrina sensación. Parecía aquello como la ritualidad del culto idolátrico de

aquellos indios, por lo que al capitán Grijalva, hombre naturalmente piadoso y accesible á los sentimientos religiosos, parecióle bien mostrar las majestuosas ceremonias del culto católico, y, con poca discreción, ordenó al punto al padre Juan Díaz que dijese misa en el andén, sobre un altar improvisado. El sacerdote indio y sus sacristanes, concluidas las ceremonias de su culto idolátrico, subieron al andén donde se preparaba la misa, y después fueron llegando otros indios de manera que cuando el padre Díaz empezó el santo sacrificio, ya había bastante concurrencia de españoles y de mayas. Estos asistieron maravillados, y en la más completa ignorancia de los santos misterios que Grijalva quiso se verificasen en lugar tan inadecuado, en presencia de quienes todavía no alcanzaban á penetrar su inefable significación.<sup>1</sup>

Acabada la misa, se presentaron ocho indios, y ofrecieron á Grijalva un presente de gallinas, miel, y pan de maíz; y aunque al jefe castellano no le hubiese desagradado tan sencilla muestra de consideración, como entre sus instrucciones llevaba la de proveerse de oro, no pudo dejar de manifestar que su principal deseo era hacer cambios, con metales preciosos, de las diferentes mercancías que llevaba. Los indios no negaron que poseían prendas del precioso metal, y aun ofrecieron traer algunas para hacer el trueque que tanto deseaban los extranjeros. Entre tanto, el sacerdote indio invitó al jefe español á bajar del templo, é ir á tomar algún descanso á una estancia inmediata, que probable-

<sup>1</sup> *Itinerario de Grijalva*, pág. 285.—Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 507.  
—Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 423.

mente le servía de habitación. A la entrada de esta casa, había un pozo que proveía de agua á la gente del lugar; y junto al pozo se extendía un corredor ó galería sustentada por pilares de piedra que daban entrada á un aposento espacioso, cercado todo de piedra y cubierto de paja. Llegados allí Grijalva y sus compañeros, les sirvieron el almuerzo, después del cual, todos los indios, con inclusión del sacerdote, se fueron separando sigilosamente del lugar, y dejaron á sus huéspedes en el más completo aislamiento. Pronto se dió cuenta Grijalva de que ni un solo indio quedaba en la casa, y, no queriendo perder inutilmente el tiempo, se propuso al punto visitar y conocer todo el pueblo, al cual Grijalva puso por nombre «*San Juan ante portam latinam.*»<sup>1</sup> Notaron que esta aldea tenía calles bien tiradas y empedradas, con canales en el medio;<sup>2</sup> y á lo largo de las calles, por uno y otro lado, se levantaban casas con el cimientó y las paredes de piedra y lodo, y la cobija de paja. Cada casa poseía un solar bien sembrado, y en el fondo de algunas, si no en las más, se levantaban colmenares poblados de abejas. Entre las casas, descollaban cinco con unas torres gentilmente labradas, y que debían de ser ó adoratorios, ó morada de la gente noble del pueblo. La industria primera y principal de los habitantes era la cera y la miel, y la cría de gallinas y pavos; pero además, se proporcionaban buena alimentación con la caza en sus bosques, que abundaban en liebres, conejos, puercos monteses y venados. Parecía tanta la abundancia de caza, que

<sup>1</sup> Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 507.

<sup>2</sup> *Itinerario de Grijalva*, pág. 286.

algunos de los soldados de Grijalva que se aventuraron á penetrar en los bosques inmediatos al pueblo, vieron algunas piezas, y entre ellas algunas liebres que les hicieron recordar las de Castilla. Mas del oro que codiciaban, había poco y escaso, de manera que, no obstante la buena acogida que les dieron los habitantes de Cozumel, los expedicionarios quedaron de mal talante. De peor humor se pusieron con el bando que, á voz de pregonero público, mandó Grijalva publicar. Había recibido de Diego Velásquez, órdenes expresas de evitar toda contienda con los indios, y sacarles á la buena cuanto oro pudiese. Con este motivo, ordenó por bando que nadie hiciese daño á los indios; ni se burlase de ellos; ni hablase con sus mujeres; ni les robase sus bienes y honra; ni, menos aún, tuviese trato con ellos de oro, perlas ó piedras preciosas; pues que el capitán se reservaba celebrar por sí cualquier contrato ó negociación que los indios propusiesen. Amenazaba con graves penas por la infracción de sus disposiciones, las cuales mandaba se guardasen durante toda la expedición; y ofrecía también castigar severamente todo abandono de la guardia ó retén donde quiera que se estableciese.<sup>1</sup>

Estuvo esperando Grijalva que el cacique de Cozumel viniese á visitarle; pero sus esperanzas resultaron fallidas, y en la tarde se embarcó con su gente en los navíos, decidido á continuar su viaje. Así lo efectuó, dándose á la vela al día siguiente, 7 de Mayo, con dirección al poniente.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, pág. 423.—Oviedo, op. cit. pág. 507.

<sup>2</sup> *Itinerario de Grijalva*, pág. 287.

## CAPITULO IX.

Costa oriental de Yucatán.—Xelhá.—Tulám.—Descubrimiento de la Bahía de le Ascención.—Cautiva jamaiquina.

Después de atravesar como quince millas de un lado á otro, avistaron la costa oriental de Yucatán, y en ella tres pueblos que parecían estar separados como dos millas uno de otro, y provistos de muchas casas de piedra y paja. Uno de estos pueblos era Xelhá, á la vuelta del riachuelo del mismo nombre. Los soldados y capitanes subalternos invitaban á Grijalva á desembarcar, para reconocer aquella costa y poblaciones; pero éste rehusó firmemente dar su permiso para descender á tierra, y ordenó que siguiesen corriendo por la costa todo el día y la noche. Al siguiente día, 8 de Mayo en la tarde, se vió claramente desde lejos un pueblo muy grande, en el cual sobresalía una torre muy elevada á cuyo rededor había muchas casas; tantas y de tan buena apariencia, que los españoles compararon la población á la de Sevilla.<sup>1</sup> No era otra esta ciudad sino Tulum, cuyas ruinas aun se conservan, y se ven por los navegantes que trafican las costas orientales de la península de Yucatán.

<sup>1</sup> *Itinerario de Grijalva*, pág. 287.